

Los CoNteM poRa nEoS

"A la huelga la llamaremos huelga". Te mo que en otra civilización, un ministro que hubiese pronunciado esta frase fuera considerado con bastante inquietud por sus administrados. La dice en España el de Relaciones Sindicales, señor Fernández Sordo y los periódicos producen grandes caracteres para recalcarla.

EL REGRESO DE LAS PALABRAS

Y uno siente un extraño calorillo de satisfacción. He aquí una palabra que vuelve del exilio. Esperemos las demás. Aves migratorias que pueden hacer verano. Fernández Sordo, decidiendo llamar huelga a lo que sea sencillamente una huelga, pretende devolvernos la evidencia perdida. Sea un suave y moderado espinolismo. Como Shelley, Fernández Sordo no quiere profanar la palabra. (¿O sería Byron? "A word is too often profaned/for me to profane it".)

Las palabras, aquí, han sido profanadas, raptadas, violadas. Y de esa atroz coyunda no han salido más que hijos tontos. Pensamientos mongoloides que aún se aferran a la vigencia que no tuvieron nunca. Sucedió un día que determinados hechos, acontecimientos y corporaciones dejaron de existir en el país imaginario; pero continuaron existiendo en el país real. Entonces se decidió hacer que hechos, personas o ideas devían volverse invisibles. Y se pensó que la invisibilidad se conseguiría quitándoles el nombre. Pero con gran sorpresa para los inventores de ese sistema, aquellas malditas cosas segulan siendo visibles. Alguien debió pensar entonces que convendría inventar nombres nuevos para las cosas a las que se había privado de nombre; así, cuando se nombraran se vería otra cosa distinta de la cosa que, siendo la misma cosa, no se debía ver. Comenzaron a hacerse hallazgos. Una subida de precio no se llamaría subida, ni alza, ni elevación, sino reajuste. Y así el que hubiese de pagar tal precio sería incapaz de notar el descenso en el peso específico de su bolsillo.

Y así, un a-normal sería un sub-normal; la sustitución de una partícula griega por otra latina no variaría el cociente de inteligencia del desdichado, pero haría parecer que se trataba de algo

distinto a lo que ocurría en los nuevos tiempos. Y si los criados se quejaban de la escasa distinción social de sus funciones, se les llamaría empleados del hogar. Una inteligente y perspicaz reordenación del mundo en torno.

Habría que decir que no se trata de un mecanicismo español, sino bastante más universa-

lizado. Un negro no es un negro en América más que cuando se le quiere insultar: si no, es "un hombre de color". Y un famoso parte de guerra alemán llamaba a una retirada "avance elástico sobre la retaguardia". Pero sin duda nuestro país imaginario batió todos los records (esto es, superó todas las marcas) sin duda porque había más personas, hechos o cosas a los que poner esta túnica del idioma. Ningún país ha llegado a inventar una palabra como "jeriñac", terrible quimera idiomática, para sustituir al insustituible coñac (que antes fue cognac, y lo es en otras civilizaciones). Ningún país se dio más prisa en construir un idioma de mandarines, en el que no hablaban los mandarines (estaban en el secreto) y que no entendían los demás. En cuanto a la razón por la cual las nuevas palabras, los nuevos circunloquios, los nuevos discursos, estuviesen tan decididamente inmersos en el lago con cisnes de la cursilería, es por el mismo mecanicismo.

Me sorprende de pronto escribiendo en pasado. No hay todavía muchas razones. En nuestros tiempos de asociacionismo y apertura, la palabra sigue siendo un objeto frágil. Quizá no se trate ahora de no violarla ni forzarla, sino de manejarla con suavidad. Cada situación (coyuntura) parece querer buscar su vocabulario: para que lo nuevo no sea tan nuevo a ojos viejos, para que lo viejo parezca nuevo a ojos nuevos. Si escribo en pasado es porque la frase del señor Fernández Sordo, que en su larga relación con la prensa escrita tuvo que fijarse mucho en los matices de las palabras y en sus vestiduras, hablando ante los productores (obreros) de los sindicatos (verticales) parece indicar que las verdaderas palabras van a comenzar a volver de su exilio (o residencia en el extranjero desde 1939). ■

POZUELO

EL REFERENDUM DEL DIVORCIO EN ITALIA

Un desastre para todos

Cuando se cierran estas páginas, los resultados definitivos del referéndum sobre la abrogación del divorcio (o «de los casos de disolución del matrimonio», según el texto oficial) no nos son conocidos. La votación, que comenzó el domingo, prosiguió el lunes; el escrutinio de las papeletas es lento y difícil. Pero ya se sabe un resultado, independiente del sí o el no que resulte finalmente: el referéndum es un desastre para todos, para la estructura política de Italia, para la imagen de su sociedad.

La Democracia Cristiana, tenaz defensora del referéndum, busca en él un apoyo político para su desfalleciente situación política: se ha encontrado aislada en la campaña con un solo aliado, junto al partido cuyo contacto más debía temer porque la arroja a la derecha: el MSI, el neofascismo. Fanfani, tozudo del referéndum, ha conseguido así, sin pretenderlo, una federación de la extrema derecha, mientras perdía la única imagen que mantenía en el poder a su partido, la de centro izquierda. Porque sus aliados socialistas han tenido que recabar

el «No» a sus afiliados (un «No» que significa sí al divorcio, porque la pregunta del referéndum es deliberadamente equívoca), en aras de su tradición láica; con lo cual se sitúan en la misma línea política, y una campaña conjunta con el partido comunista y las otras izquierdas; es decir, que se ha realizado la federación contraria, la de la izquierda: la que más podía temer la DC. Puede decirse que ninguno de estos dos grandes partidos ha ido a gusto al referéndum. El comunista, por ejemplo, había pensado en un principio no mezclarse en la campaña, sobre la base de que es un problema «que no afecta al proletariado», decía, porque los obreros se encuentran con problemas más graves: pero el torbellino político le ha arrastrado, y porque ha visto la oportunidad de situarse dentro de este insospechado «frente popular» que le ofrecían sus enemigos; pero sabe que muchos de sus militantes (sobre todo, en las grandes zonas rurales y entre las mujeres) han tenido que violar esta vez la disciplina de voto y se han declarado contrarios a la doctrina oficial.



Toda una campaña en torno a la abrogación de una ley —la llamada Ley Fortuna-Baslini— que, a juzgar por los resultados de sus tres primeros años de aplicación, no afecta más que al 0,20 por 100 de la población.



Un locutor de la RAI escribe sobre una pizarra los datos relativos a la consulta nacional durante un programa televisado.

Buscaba también la Democracia Cristiana un apoyo sólido de la jerarquía eclesiástica a su partido; un apoyo que poco a poco se había ido retirando por el deseo de la Iglesia de no verse mezclada en las asperezas y las dudosas acciones de la política de cada día. La supuestamente astuta maniobra de Fanfani consistía en creer que, naturalmente, la Iglesia sólo podía opinar en contra del divorcio. Y así ha sido. Pero lo que se ha conseguido es que esta acción sea forzada y que sectores importantes del catolicismo queden divididos. Algunos clérigos han tomado el partido de los divorcistas, aún por razones ajenas al sacramento: «Para que la Iglesia se libere de esta ley», como ha explicado uno de ellos, Carlo Carretto, «padre blanco» de las misiones saharianas con un prestigio adquirido en la época en que fue presidente de las Juventudes de Acción Católica, o como el benedictino Franzoni, que por su actitud ha sido suspendido «a divinis» y separado de su orden. Una actitud más matizada ha sido la de la Compañía de Jesús, en busca de una solución de compromiso: que hubiese en Italia dos clases de matrimonio: uno civil, al que podría aplicarse el divorcio en las condiciones previstas por la ley, y otro religioso, indisoluble por la aceptación mutua del sacramento.

Las proporciones del desastre se verán si los resultados definitivos hacen que Italia aparezca desdoblada del centro de gravedad que mantenía su difícil equilibrio político y se lanza a la derecha o a la izquierda como consecuencia de un tema no político, sino de costumbres. En principio, este gobierno no podrá continuar; se pro-

ducirá una crisis difícil de resolver en la textura actual de la Asamblea, que quizá tenga que ser disuelta y renovada por unas elecciones generales, en las cuales el peso de la larga y espectacular campaña de divorcistas y antidivorcistas y las alianzas coyunturales van a pesar sobre otros temas.

Otros temas indudablemente graves para el país. El referéndum ha paralizado durante la campaña esos temas, y los puede mantener paralizados hasta que se restablezca el equilibrio. Y entre ellos está un alza de precios que alcanza ya un 25 por 100, un déficit en la balanza de pagos tan fantástico que ha obligado a Italia a tasar las importaciones y, por lo tanto, a arrojar sobre el Mercado Común Europeo una nueva piedra, cuando ya apenas caben más en lo que fue su lago.

Todo ello, en torno a la abrogación de una ley —la llamada Ley Fortuna, del «piccolo divorzio»— que, a juzgar por los resultados de sus tres primeros años de aplicación no afectan más que al 0,20 por 100 de su población; lanzar a 36 millones de electores a las urnas, someterlos a una campaña política que ha sido un verdadero bombardeo; dividir el país en dos, dislocar el electorado, romper la coalición gubernamental, crear nuevas alianzas políticas bipolarizadas, dividir los partidos por dentro incluyendo al autor de la idea del referéndum por un problema que no ha modificado las costumbres italianas ni la forma de su sociedad parece una aventura descabellada.

Difícilmente puede pensarse que el secretario general de la Democracia Cristiana, Amintore Fanfani, haya querido simplemen-

te restaurar una moral cristiana que en todo caso sufría de las separaciones de hecho y no de su legalización. Su inconsistencia

política puede costarle cara, y eso lo iremos viendo en las semanas inmediatas a la proclamación de los resultados. ■ J. A.

FRANCIA

La final presidencial

¿Giscard o Mitterrand? ¿Derecha o izquierda? En las casi vísperas de la elección francesa, todo parece tan indeciso como la cara o la cruz de una moneda en el aire. Los recuentos de opinión tuvieron una inclinación favorable a Mitterrand al comenzar la semana anterior, parecieron cambiar de signo después del duelo ante la radio y la televisión de los dos oponentes, pero sin la fuerza que se esperaba; luego, se han equilibrado de nuevo, y ahora, las oportunidades de uno y otro parecen sensiblemente iguales. Este equilibrio parece que se debe a que el equipo de Mitterrand ha rectificado sobre la marcha algunos de los conceptos económicos que habían sido más criticados en el careo.

En realidad, los dos candidatos han dedicado estos últimos días de su campaña, que termina el viernes, a robar algunos votos a su adversario; Mitterrand ha querido morder más profundamente en las clases medias; Giscard, en las obreras. Los periódicos decididamente partidarios de uno u otro han elevado su tono. Los de Giscard tratan de lavarle de la imagen de la derecha —sin embargo, la decisión del candidato fascista Le Pen de prestarle sus votos le perjudica en ese sentido, sin hacerle ganar prácticamente nada en las urnas—, mientras «L'Humanité» le califica de demagogo en su número del lunes pasado, y reproduce la definición de demagogo que da el diccionario de la Academia Francesa...

Pero estos periódicos se limitan a hablar a convencidos, y no parece que la elección esté entre los convencidos, sino entre los indecisos, entre esas decenas de millares de dubitativos, que pueden sentir la atracción de un domingo de mayo para irse al campo y abandonar las urnas, o a los que un cielo nublado o lluvioso, o una racha de viento fresco, pueden incitar a quedarse en París y votar según su inspiración del momento. En «L'Express» se publica una estadística matizada se-

gún esos meteoros y según algunos aspectos más que pueden parecer incidentales. Esa estadística oscila entre un 1 por 100 favorable a Mitterrand (51 contra 49) y un 6 por 100 favorable a Giscard.

Parece ahora claro que Francia queda dividida en dos partes iguales, sensiblemente iguales, en esta elección del domingo, y que el candidato que sea proclamado Presidente de la República sabrá que cuenta con un número igual de enemigos y de decepcionados que de amigos y entusiasmos, y que cualquiera de los dos debe saber también que el número de decepcionados aumentará sensiblemente en los primeros meses de su presidencia. Porque en ninguno de los dos casos podrán llevar al elector al bienestar que sus campañas le han prometido; el riesgo de estas campañas es el de que idealizan la situación futura, que permiten un vuelo de ilusiones que luego difícilmente se pueden confirmar en la realidad. Por que la realidad está por encima de las posibilidades de gobierno en estos momentos.

Si gana Giscard, podrá verse en el acto una serie de agitaciones obreras, que ahora están más o menos contenidas, cuyas aspiraciones difícilmente podrán ser colmadas; si gana Mitterrand, un susto en los capitales y una retracción en la Bolsa. Cualquiera de estos dos movimientos en una situación económica delicada —y la francesa lo es especialmente, dentro de la dificultad que ahora se cierne sobre todo el mundo occidental— puede condicionar el futuro inmediato del país. Con un Presidente que no se aplique inmediatamente a reformas de estructura política que borren el inmovilismo autoritario de la época del general De Gaulle y que dé acceso a las verdaderas corrientes de opinión pública con una ley electoral justa, antes de proceder a las reformas económicas, el resultado predecido es malo. ■